

EL MANANTIAL

ALEJANDRO CASTROGUER

DOLMEN
EDITORIAL

**Fragmento traducido de la entrevista concedida
por Alejandro Castroguer a la revista literaria
October Country, nº 32, de febrero de 2012:**

Parece innecesario decir que la violencia extrema practicada por los personajes de mi nueva novela es exclusiva de ellos. Sin embargo, como siempre habrá quien confunda el mensaje, insisto: son ellos los responsables de las torturas y salvajadas que practican, y no yo. Si se me ha de acusar de algún disparate... que sea el de prestarles voz. Personalmente, abomino de semejante grado de violencia.

De paso, aprovecho para alabar la valentía de la editorial Dolmen, que publicará en breve *El Manantial* sin ningún tipo de censura.

Respecto de la segunda cuestión, la de las referencias malsanas, cuando no abiertamente blasfemas, a la religión católica, decir en mi descargo que forma parte del juego metafórico con que perfilé a la pareja protagonista. Sólo eso. Que nadie extraiga deducciones erróneas.

*No puedes matar sin infectarte.
Vacas, de Matthew Stokoe*

*Si el que sobrevive es el más cabrón,
entonces estamos bien jodidos.
La fábrica de las avispas, de Iain Banks*

*Todo se paralizaba, salvo las moscas, que poco a poco
ennegrecían a su Señor y daban a la masa de intestinos
el aspecto de un montón de brillantes carbones.
El señor de las moscas
de William Golding*

*A veces nos despiertan los gritos que se
escuchan de noche tras las ventanas
con rejas. Anoche sonaban como si
estuvieran degollando a un cerdo.
El lagarto en la Roca
de Antonio Calzado*

*¿Cara o cruz? La muerte sólo es una apuesta.
La Guerra de la Doble Muerte II
de Alejandro Castroguer*

A El lagarto en la Roca,
para que algún día vea la luz editorial.
Sin duda, su mala baba se lo merece.

Y a su autor, Antonio Calzado,
por escribir, por escuchar, por ser.
Por ser lo mejor que me ha pasado en la literatura.
Por sus novelas y por esas charlas
que compartiremos en el futuro.
Gracias por tu amistad, hermano cordobés.

ala norte 2a. planta = zona segura

escaleras		escaleras			W.C.	
41	40 bici cleta	39	38 biblio teca	37 gua rida		
						32 lavar secar ropa
						31
						30 cemen terio
					29 horta lizas	

plano del
instituto

a
l
a

o
e
s
t
e

ala norte 1a. planta = zona neutral

escaleras		escaleras			W.C.	
28	27	26	25	24		
						19
						18
						17
					16 verte dero	

ala norte planta baja

12	11	10	9	8	w.c.
patio zona infectada				7	4
				6	3
13	despachos			5	2
14				1	
15	puerta			cafeateria conserjeria	

a
l
a

o
e
s
t
e

La noche del Desastre...

POR FIN HA llegado la hora del cuento. Son las diez de la noche. La niña ha de hacer un sobreesfuerzo para ganar unos minutos a las primeras hebras de sueño y no dejarse vencer por el cansancio acumulado durante el día.

El primer requisito para que dé comienzo la lectura ya se cumple, que el vaso permanezca, vacío, sobre la mesita de noche, y que su contenido, veinte centilitros de leche bien caliente, haga ronronear de placer su estómago. Por añadidura, el segundo requisito también se da, que ella se arrebujé bajo las mantas y la sábana de franela, en busca de la posición ideal: las piernas estiradas, el pie derecho sobre el izquierdo, una mano aferrada al embozo y la otra abrazando a Ligorita, su muñeca de trapo y pelo color mandarina.

Así aguarda el instante mágico en que su padre abra el libro y perpetúe el ritual. Y es que, todas las noches, él lo demora como quien desentierra un tesoro, con un celo fuera de lo común. En realidad es una declaración de principios: el verdadero tesoro no es una colección de monedas o de joyas, sino ese puñado de cuentos. Y hoy no va a ser menos.

A diferencia de ella, Padre se acomoda sobre las mantas, nunca debajo de ellas; esta es una prerrogativa prohibida para un mero invitado al dormitorio como él, y reservada para la anfitriona del mismo. Es más, Padre ha atravesado el umbral porque ella le ha concedido el permiso necesario. Es lo que tiene ser la favorita de su progenitor, que se te consienten todos los caprichos; y desde luego Verona, a sus cinco años de edad, es consciente de esa posición de privilegio.

— Venga, papá, empieza.

El cuento elegido para esta noche es *El bosque de la autopista*. Narra las necesidades que padecen Marcovaldo y su familia cuando sobre la ciudad se abate el frío del invierno. Por lo visto se han quedado sin leña, o la han gastado toda demasiado deprisa, así que a Marcovaldo no le quedará más remedio que salir de casa para subsanar tal carencia.

Como de costumbre la voz de Padre se recrea en la sonoridad de las palabras, en la belleza de un adjetivo o un verbo bien elegido y mejor colocado. De fondo a sus palabras, y a las continuas preguntas de la oyente, suena en la radio que reposa sobre el escritorio un vals vienés, puesto de moda por el cine.

Al cabo de unos minutos la música se interrumpe, como si de pronto se hubiese caído dentro de un hoyo y sólo quedara de ella el hueco de su ausencia.

— Sigue, papá. Está mejor así, sin música.

— Un momento, pequeña.

El hombre se levanta y mueve arriba y abajo el dial de la radio. ¿Qué demonios ocurre? Apenas un chasquido señala el cambio de una emisora a otra; pero en todas ellas encuentra lo mismo: un silencio más que sospechoso. Prueba a apagar la radio y a encenderla; funciona correctamente y sin embargo permanece callada.

Antes de que se disponga a regresar a la cama, desde el salón emerge una voz femenina. Pertenece a la mujer de Padre.

— La señal de televisión se ha ido. Vaya por Dios — se lamenta —. Como no vuelva pronto me perderé al *Superagente 86*. Dicen que hoy aparece Carol Burnett.

— Voy a ver — masculla el cabeza de familia. Le lanza un beso a la hija y abandona el dormitorio.

Antes de que se enfade, Padre está de vuelta; se tumba al lado de la princesa, abre el libro de cuentos y dice en voz baja:

— Qué cosa más rara. Ni la televisión ni la radio.

— Sigue, *porfa* — protesta ella —. La familia de Marcovaldo se va a morir de frío si no continúas pronto. Además, Ligorita se aburre y ...

Aun no ha acabado la niña de poner voz a su hastío, cuando se va la luz y el dormitorio queda a oscuras, los ojos brillando en la penumbra. Padre la tranquiliza, *venga, no pasa nada*. Basta con que coja sus manos entre las suyas.

— Papá, ¿a dónde vas otra vez? — protesta en cuanto siente que se incorpora de nuevo.

— Cariño, ve a ver si es cosa del bloque — es la esposa de Padre. De repente su sombra llena ahora el vano de la puerta. Por

la cuenta que le trae se ha detenido en el umbral, deseosa de evitar la protesta airada de la anfitriona del dormitorio.

— Un momento, mujer, que miro por la ventana.

Allí permanece un par de minutos, oculto tras las cortinas, con medio cuerpo asomado al frío de octubre. Por fortuna para ellas el suministro eléctrico no se ha reestablecido cuando Padre se decide a cerrar la ventana, ya que de esta manera son incapaces de descubrir la mueca que le desbarata el rostro.

— Mejor así, pequeña, ¿no crees? — dice con impostura mientras se tumba a su lado —, terminaremos el cuento a la luz de las velas.

Desmintiendo sus palabras, se escucha al otro lado del cristal una locura de sirenas de servicios de emergencia que van de un lado a otro de la ciudad, voces de gente que discute o pelea y chillidos de vecinos asustados. La noche suele ser peligrosa, pero no hasta ese extremo.

— Papá, ¿qué ocurre ahí afuera?

— Será mejor que la niña se duerma ya — interviene la esposa de Padre.

— ¿Papá?

— No sé qué ocurre, princesa, ahora bajaré a ver — musita con preocupación apenas disimulable —. Parece que algunos han adelantado la noche de Halloween.

— ¿Halloween? — La voz de la pequeña se ilumina de pura ilusión —. Este año me gustaría disfrazarme de *Miércoles Adams*.

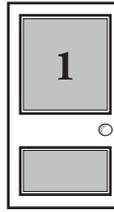
— Será mejor que se duerma ya — insiste la sombra que se apoya sobre la jamba de la puerta.

— Princesa, todavía queda una semana — apunta Padre —. Pero no te preocupes por ello, ya habrá tiempo de hablarlo. Si te disfranzas de *Miércoles*, yo iré de *Tío Fétido*.

Se inclina sobre ella y le regala un beso en la frente, que la niña desprecia limpiándose sin disimulo. Pero el gesto ha quedado en nada por culpa de la oscuridad.

Ya se enterará mañana de lo que ocurre, piensa para sí mientras se esconde bajo las mantas, ajena a la inminencia del drama. A la proximidad del fin.

Quince años después...



ABEL INTERRUMPE LA búsqueda durante unos segundos. Necesita un respiro para proseguir cuanto antes. La ocasión merece la pena. Por eso mismo, y porque dispone de muy poco tiempo, desde el primer momento se ha empleado a fondo con la montaña de basura.

Preso de una sensación de asfixia, retira el pañuelo que protege su nariz. Pero será peor el remedio que la enfermedad: de inmediato el hedor que infecta el aula, y que tiene la calidez y la condición untuosa del semen, le violenta. Ha aspirado con tanta fuerza, que la fetidez reptó a través de las fosas nasales y llega a la garganta. Reprime una arcada a tiempo. Menos mal. Lo único que le falta es vomitar la merienda.

Al pie de la pirámide de desperdicios, aguarda un *vaso de fuego*. De lo contrario no vería nada allí dentro, ni tan siquiera los guantes, y la búsqueda se eternizaría. Y ello multiplicaría el peligro de un corte traicionero. En realidad un *vaso de fuego* no es más que una lata de refresco, abierta por su parte superior, donde arde un poco de leña. Gracias a él, igual que si fuera un candil, puede ver algo allí dentro.

Al principio estaba convencido de hallar algo de valor, pero minutos después ha perdido la esperanza; la realidad es un sumidero demasiado profundo, tanto que ha terminado por tragársela. Entre toda esa mierda, será imposible encontrar nada que valga la pena regalar.

... 415, 416, 417, 418...

A cambio, por ahora sólo ha conseguido que el sudor recorra la espalda por debajo de la ropa, le ardan los músculos y que resople extenuado como un perro que huye a la carrera. Así que se merece un descanso, sentado en la cúspide de desperdicios, la cabeza a un palmo del techo del aula.

Devuelve el pañuelo a su posición original y respira a través de la tela. Sobre sus hombros, el silencio pesa igual que un cadáver o un saco de piedras. Salvo cuando resucitan los muertos y aúllan con desesperación, ese silencio ha fraguado durante los últimos quince años hasta hacerse acero, cemento y miedo pedregoso. En realidad es otro superviviente más, al menos tan vivo como Abel. A veces palpita más que el fruto rojo que alberga el muchacho en su pecho. Sería lógico afirmar que es el superviviente perfecto, pues no en vano después de que desaparezca el último Hombre, solamente quedará él, habitando a sus anchas la soledad de un mundo desierto.

El silencio hierve, bulle, repta alrededor del muchacho. Hasta es posible establecer un desafío entre ellos, entre el silencio y Abel: de un lado, una de las leyes máximas de la supervivencia; y de otro, su oficiante.

Le sudan las manos dentro de los guantes de motorista, así que se deshace de ellos durante un instante con objeto de secárselas contra el algodón de la sudadera. Luego se los vuelve a enfundar. Ante todo cabeza; sin la protección de los guantes sería una temeridad buscar a tientas entre toda esa porquería. Algo sólo digno de un loco. Debe extremar la precaución ante el filo dentado de una lata herrumbrosa o las puntas de un tenedor perdido. Herirse en ese foco de infección equivaldría a una sentencia de muerte.

Algo parecido a dejar de contar.

... 450, 451, 452, 453...

Sí, está bien, perder la cuenta a lo mejor no conllevaría indefectiblemente a la muerte, pero es un riesgo que debe evitar a toda costa, al igual que los cortes traicioneros.

Cuando se encerró en el aula 16, el *vertedero*, que es donde se amontonan los desperdicios acumulados durante años, Abel disponía de un margen suficiente: seiscientos segundos, diez minutos; exactamente lo que había acordado con Verona. De nada

le valdría hacer trampa ahora, espaciar más la cuenta, por ejemplo. Por un parte, porque ella podría alarmarse y abandonar la inmunidad de la segunda planta, y de otra, porque se la estaría jugando él, y nadie más que él.

OK, la puerta del aula se halla defendida por dos pestillos y él cuenta con la salvaguarda de un machete del tamaño de un brazo y de un mazo de derribar paredes. Además, y por si esto no fuera bastante, dispone de la protección que le confiere la rabia que bulle en su hígado, que es otra arma, si cabe más mortífera que las otras; más incluso que la Magnum que le ha prestado a Verona.

Tal vez debido a ello, a la rabia acumulada, nunca le ha temblado el pulso cuando ha llegado la hora de luchar contra los infectados. *Ellos* o yo: un dilema demasiado sencillo para un tipo como Abel. En caso de peligro bastará con que la rabia le ayude a levantar el mazo — cabeza de acero, cinco kilos de peso — y dejarlo caer contra quien se atreva a importunarle.

Puré de sesos. No hay muerte más excitante; tanto es así que se le eriza el vello, se le acelera la sangre en la ingle y la polla se le hace de granito con sólo recordar el crujido del cráneo. No hay sonido más bello. Se le hincha el vaquero, delatando la erección.

De acuerdo, él sabe cómo tratar a *esa* gente, pero tampoco ha de tentar a la providencia. Sería de tontos. Es por eso que no debe perder el hilo de la cuenta.

... 490, 491, 491, 493 ...

Venga, gilipollas, date prisa. Tú puedes, se alienta en silencio.

Soliviantado por la cercanía del límite temporal impuesto, el de los seiscientos segundos, reanuda la búsqueda. Si no encuentra nada relevante en un par de minutos, tendrá que abandonar el vertedero y mañana no sabrá qué decirle a Verona, salvo poner cara de imbécil, encogerse de hombros y felicitarla por su decimonoveno cumpleaños. Bah, poca cosa para una mujer como quedan pocas.

Por no decir ninguna, añade su parte más pragmática.

De pronto, cuando ya piensa que se ha empleado en balde sobre la montaña de basura, el guante derecho tropieza con algo que llama su atención. Un momento, hay algo digno de su atención.

Tira un poco hacia arriba: es una empuñadura en forma de jota de la que nace una vara de metal. En el otro extremo de la misma encuentra lo que buscaba.

Joder, si son costillas.

...515, 516, 517 ...

Por fortuna la suerte juega de su lado y ha hallado un esqueleto casi completo entre la montaña de basura; solamente faltan el cráneo y el brazo izquierdo. A saber si estarán en alguna parte, debajo de él, no muy lejos de donde permanece arrodillado. A lo mejor si dispusiese de más tiempo redoblaría el esfuerzo por encontrarlos, pero por ahora se conformará con lo que tiene.

...540, 541, 542 ...

Entonces sucede lo imprevisto.

—Jodido *parado* — gruñe el muchacho, las palabras cortantes como escalpelos, mientras se apresura a descender de la pirámide de basura.

Es una sombra que se mueve en la periferia de círculo de luz impuesta por el *vaso de fuego*. Hay ocasiones en que el *sacrificio* no es del todo ejemplar y hoy sucede eso precisamente: que durante días sobrevive alguno de los muertos y le dan un susto en el momento más inoportuno. Aquí, sin embargo, no hay que consagrar la sangre ni el cuerpo de Cristo, nada de eso; basta con posar un beso en la cabeza del mazo, cinco kilos de acero ejemplarizante. Y luego pasaportarlo definitivamente.

A sus pies el cuerpo del infectado es una colección de fracturas y heridas, casi un coágulo de sangre, un aborto que se debate en la frontera de la Doble Muerte. No dispone de mucho tiempo.

Abel muerde un rosario de insultos. Rematar a ese cabrón no es ni tan siquiera un trabajo rutinario. Es menos que eso: acaso un auténtico engorro. Porque pasaportar a ese hijo de puta, en su estado, no le pone dura la polla.

—Pórtate bien — le pide al mazo.

Pero cambia de opinión de inmediato. Dado que la amenaza que supone el muerto es mínima, nada, apenas unos gruñidos y el espasmódico batir de la mandíbula, desestima el empleo del mazo ejemplarizante. Se impone hacer el menor ruido posible

para no despertar a sus hermanos de desgracia que hibernan en la planta baja. Así que prefiere usar el tacón de la bota militar.

Abrevia, me cago en la puta. Lo apoya contra el rostro del desdichado, contra la pirámide de la nariz. Da un brinco para proyectar hacia arriba y luego hacia abajo todo el peso de su cuerpo. A pesar de que el tabique nasal se quiebra, ¡*crac!*, con un ruido similar al de un navío de madera que se estrella contra la costa, a Abel se le antoja poco premio. Él es un tipo exigente, con inquietudes de verdadero gourmet del sufrimiento.

Repite el intento, esta vez imprimiendo una mayor fuerza al impulso. Un cuajarón de sangre gomosa como cemento fresco se desbarranca desde las orejas. Esta circunstancia concita, en menos tiempo del que tarda Abel en secarse el sudor de la frente, la atención de las ratas.

En cuanto se retire un par de pasos del cuerpo putrefacto, hace acto de presencia una rata del tamaño de un perro, verdadera emigrante en la desgracia: busca comida fuera de las fronteras de su país, un laberíntico intestino hecho de recodos y negruras. Como quien pide trabajo a la desesperada, el animal se acerca casi de puntillas, procurando molestar lo mínimo con su presencia. Olisquea el fluido que asoma a las orejas. Mueve, nerviosa, los bigotes. Cuando decide que la oferta es lo suficientemente tentadora como arriesgar la vida ante el humano que sostiene el mazo, adelanta los dientes. El bocado inicial es tan certero que termina por arrancar de cuajo la oreja derecha.

No ha de olvidar la cuenta atrás. Así que con objeto de abreviar, introduce el mango de madera del mazo en la cavidad bucal. Hace palanca con él hasta que, después de fracturar varios dientes, la mandíbula se descuelga del todo. Los gruñidos han cesado.

El silencio, sólo roto por el mordisqueo atroz de las ratas, se acomoda de nuevo en el aula. Observa a Abel, sin quitarle ojo.

El muchacho regresa al esqueleto que ha encontrado entre la montaña de basura. Apoya la rodilla sobre la muñeca y luego fuerza el giro de la misma hacia un lado y hacia otro, cada vez con mayor urgencia. Cuando cree que la lucha contra la articulación acabará definitivamente con su templanza, un chasquido libera al fin el trofeo. Ya está, ya lo tiene. Es hora de marcharse.

De inmediato lo guarda en un bolsillo del pantalón. Más tarde encontrará el momento de separar los huesos uno a uno; sólo debe fingir ante Verona, cogerse el vientre y salir durante un par de minutos de la *guarida*. Nada tan sencillo como engañarla.

Es ahora cuando recuerda el otro objeto, el que permanece enganchado a las costillas: esa vara de metal y esa empuñadura con forma de jota. Durante unos segundos baraja la posibilidad de olvidarse de ellas. Qué más da, tiene lo que buscaba, el regalo para *su* Verona.

Tras aplicar la lógica, obtiene la certidumbre de que el objeto en cuestión solamente puede ser un arma. ¿Qué otra cosa sino una suerte de lanza podría atravesar el costado del esqueleto de esa manera?

Desafía a su mente. En verdad no sabe cómo nombrar esa empuñadura y esa vara que, en el extremo contrario, presenta un verdadero nido de varillas, más estrechas que la central, retorcidas igual que si hubiesen de servir de nido a unos polluelos. El hecho de que las varillas se doblen por la mitad, y que entre las mismas queden restos de un tejido floreado de cualidad casi plástica, le tiene desconcertado. Aventura la posibilidad de que, desplegado el objeto, pueda ser un escudo, aun cuando la débil consistencia del tejido no aguantaría el más mínimo ataque.

Libera el arma de la trampa de las costillas por medio de un fuerte tirón. Justo en ese instante sucede algo: un ruido. Proviene del pasillo, al otro lado de la puerta. Aunque carece de lógica, apostaría que ha sonado próximo a la *guarida* y a los cuartos de baño de la segunda planta.

... 585, 586 ...

Abel apostaría que ha sido un portazo. Aún no ha reaccionado cuando, segundos después, recorre a toda velocidad los corredores del instituto un chillido casi animal. Y claro, en lo primero que piensa es en lo peor, en la eventualidad de que alguno de *ellos* haya despertado y esté dentro.

Es inútil continuar con la cuenta de los seiscientos segundos. Ahora hay que darse prisa y correr en busca de Verona por si precisa de su ayuda.

Desciende de la montaña. Por culpa de la precipitación, no distingue un alambre, tropieza con él y cae. De inmediato un agujonazo de hielo le atraviesa el muslo derecho, justo cuatro dedos por encima de la rodilla. Se muerde los labios para no gritar de dolor. Si lo hiciese, llamaría la atención de los infectados.

Mierda, la hostia puta.

Lo que le faltaba. Herido, le resultará más difícil regresar a la *guarida*. En la caída no ha podido apartar el arma que ha extraído del costado del esqueleto y se ha clavado una de esas jodidas varillas plegables. Se incorpora y de un fuerte tirón la extrae.

De inmediato el frío lacerante de la herida desaparece para dejar sitio al fuego. Ahora le arde el muslo y siente cómo se derrama la sangre lentamente. Pese a todo ha tenido la suerte de no pincharse una arteria. Durante un segundo recuerda las enseñanzas de Padre: *la sangre de una vena fluye de manera constante, mientras que la de una arteria lo hace a borbotones*.

Si antes albergaba alguna duda respecto de la utilidad del objeto encontrado, ahora, tras lo que ha hecho con su pierna, no le queda ninguna: debe de llevarlo de vuelta a la segunda planta. Seguro que les será de utilidad. Así que enhebra la empuñadura en la correa del pantalón y se aproxima paso a paso a la puerta del aula.

A un lado de la misma encuentra el machete, el mazo y el *vaso de fuego* en el mismo sitio donde los había dejado antes de enfrentarse a la pirámide de basura.

Tras recorrer los dos pestillos abre muy poco a poco: es fundamental no llamar la atención de los muertos.

Al otro lado aguarda una oscuridad poco acogedora. Durante unos segundos duda si sería conveniente o no apagar el *vaso de fuego*. Al final decide que sí, que será mejor; de lo contrario, en el caso de que la primera planta del instituto haya quedado *infectada*, la lumbrería del vaso delataría su posición.

Ahora hay que esperar a que la oscuridad de dentro del aula y la del pasillo se igualen. Luego aprieta los dientes y abandona la seguridad del vertedero. Con el mazo por delante, dispuesto a descargar los cinco kilos que pesa su cabeza de acero contra el primer infeliz que se acerque, el muchacho avanza cojeando.

El pasillo del ala oeste cuenta con cuarenta metros de largo y cuatro de ancho. A él se abren ocho puertas a otras tantas aulas, cuatro a cada lado. De pronto le asalta una preocupación, ¿debe cerciorarse de la *limpieza* de todas las aulas para así desechar una posible invasión o, por el contrario, debe apresurarse para llegar cuanto antes al lado de su compañera? Aun a sabiendas de que se equivoca, de que el trabajo que no realice ahora lo tendrá que hacer luego, elige la segunda opción, volver junto a Verona.

Avanza por el centro del pasillo en dirección a las escaleras. Arrastra el pie derecho. A cada paso crece el calor y el dolor que palpitan en la herida.

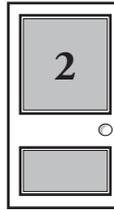
El mazo. La empuñadura en forma de jota y el machete enhebrados en el cinturón. El sudor de las manos dentro de los guantes. El cerebro que se dispara en todas direcciones.

Hay un instante en que piensa que todo el empeño de la supervivencia es inútil, que la lucha que Verona y él mantienen desde hace quince años arderá como el papel en cuanto las circunstancias se confabulen en su contra; que, en definitiva, no hay más esperanza que la de una muerte rápida, y lo menos dolorosa posible.

Al pie de las escaleras se detiene por espacio de unos segundos. Aguza el oído. A su alrededor todo es silencio. Aunque siempre late la ofensa de la duda, apostaría diez cubos de agua o un kilo de carne de rata a que toda la primera planta está *desinfectada*. Eso sí, desde la planta baja asciende el gruñido de algunos de los muertos, de quienes arrastran los pies, se mueven a golpe de instinto y esperan pacientemente su oportunidad de acabar con la aventura de Abel y Verona.

El pulso de la carótida. El hueco abierto por el miedo en mitad del estómago. La necesidad de aire, como si se hubiesen secado los pulmones. El sudor helado de la espalda.

De repente le intimida la inmediatez del peligro. Bastaría con que los infectados rompiesen las barreras establecidas en la primera planta para que todo se fuese a la mierda. Y ahí está él, en mitad de esa penumbra. A su espalda se abre el pasillo del ala oeste y a su izquierda el del ala norte. Demasiados metros, tantos que un estremecimiento lo zarandea por dentro para que se dé prisa y corra a esconderse.



A TIENTAS, POR culpa de la ausencia de luz, Verona se aparta paso a paso del cuadrado de la ducha. Conviene tener cuidado: pocas cosas hay más peligrosas que un suelo resbaladizo. Bastaría un mal tropiezo, zas, y se habrá ido a la mierda todo el instinto de supervivencia.

Adelanta la puntera del pie derecho, verdadero zapador en mitad de la noche que reina en los lavabos. En cuanto halla la posición de las zapatillas respira algo aliviada. Una vez calzada, será más difícil resbalar.

...390, 391, 392, 393, ...

Bueno, todavía tengo algo de tiempo, se dice.

Ha aprovechado la visita de Abel al vertedero del aula 16 para, con su consentimiento, siempre con su consentimiento, acercarse a la zona de los retretes. Ambos disponen del mismo margen, concertado de antemano: diez minutos, seiscientos segundos. Aunque siempre cabe la posibilidad de que uno pueda contar más rápido que el otro, son conscientes de que tampoco habrá demasiada diferencia de tiempo. No en vano han ensayado muchas veces juntos la cuenta y se compenetran bien.

... 405, 406, 407, 408, ...

Después de estrujar la esponja sobre el cuadrado de la ducha, Verona retira el cubo y lo deja al pie de los lavamanos. A la izquierda, apenas a un par de metros de donde se encuentra, intuye la forma del congelador horizontal, tipo arcón, que ellos conocen como la *bañera*. El *agua bendita* contenida en su

interior aguarda al *muñeco* de turno. Hace demasiados meses que ningún cuerpo ocupa la *bañera*, lamentablemente para la pareja.

Lleva liada una toalla en torno al cuerpo, sujeta únicamente por la turgencia de los pechos. Gracias a la frescura del agua, experimenta la resurrección de su propio cuerpo, antes medio muerto por la suciedad y el cansancio acumulados; ahora arde por dentro con la intensidad de una hoguera. Habían transcurrido demasiados días desde la última vez y necesitaba el baño. De manera que, de alguna manera, ha resultado un regalo anticipado de cumpleaños.

Por fin se siente limpia, como nueva, igual que una pistola recién engrasada y puesta a punto. Se detiene unos segundos frente al espejo. No puede evitarlo; el trallazo del deseo es mucho más corpulento que esa idea que late en el último rincón de su cabeza a modo de alarma: *prudencia ante todo, Verona, prudencia.*

El recuerdo momentáneo del peligro que acecha ahí fuera se esfuma en cuanto deja caer la toalla a los pies y queda desnuda, con el único adorno del collar.

— Joder, no se ve una mierda — maldice en un susurro apenas audible.

Pese a ello, gracias la blancura de la piel, consigue vislumbrar el fulgor violáceo de su cuerpo, el volumen de los pechos, la mora de los pezones, el dibujo de las caderas y el triángulo oscuro en la confluencia de las piernas.

Le gustaría compararse con alguna muchacha de su edad, claro que sí; ante todo para saber si es tan bonita como piensa o para comprobar si Abel dice la verdad cuando le asegura que es preciosa. Vete tú a saber si el muy capullo la cambiaría por otra en el hipotético caso de que pudiese hacerlo. *Se habrá de conformar con lo que tiene, piensa, no le queda otra elección.*

Y es que concurre la desgracia de que ahí fuera, más allá de las fronteras del instituto, apenas queda nadie vivo. La noche del Desastre y los posteriores Años Críticos acabaron con todo. Eso contaba Padre. Pero aquello ocurrió hace muchísimo tiempo, tanto que ella no recuerda gran cosa; era una renacuaja cuando la diplomacia se arrumbó en favor de la guerra.

Si sobrevive alguna muchacha bonita, piensa en un alarde de optimismo, estará escondida, en el mejor de los casos... o raptada, en el peor de ellos. Bien mirado la muerte tampoco es una mala carta. Ella lo sabe, Abel también. Es mucho mejor que todo se vaya a la mierda, que sufrir la desgracia de caer en manos de los enfermos.

Así que Abel habrá de conformarse con ella y Verona aceptar la verdad dictada por su propio cuerpo. Es lo que hay.

Se observa de arriba abajo: tampoco está tan mal lo que entrevé en el pantano oscuro del espejo. Todavía tiene un cuerpo apetecible, para nada diezmado por el hambre. Sí, de acuerdo, presenta unas piernas algo escuálidas, pero el resto es más que aprovechable. Y si no, que se lo pregunten a Abel.

... 430, 431, 432, 433,...

Cuando se encuentra sola, lejos de la protección que le brinda su compañero, le da por recordar cómo eran los viejos tiempos, esos que murieron después de que ella cumpliera los cinco años de edad. Era demasiada pequeña entonces. Con suerte consigue rememorar el placer de la leche caliente y la imagen de aquella muñeca que tuvo, de nombre Ligerita y pelo color mandarina.

Lo malo de los recuerdos es que abres una puerta a través de la cual pueden colarse otros menos agradables. A ella le ocurre esto precisamente. A veces, cuando duerme, le asalta a traición al bulto agonizante de Padre, esa cara rota por el dolor y el penúltimo golpe de martillo. Antes del final aún tuvo fuerzas para decir en un hilo de voz, *Padrenuestro*. Su Cielo tan anhelado le cayó encima de golpe y murió aplastado.

Verona levanta los brazos para cogerse las manos por encima de la cabeza. Luego, sin mover los pies, contonea la cadera, seducida por la Verona doble del espejo y por la música que ronronea de placer en su cabeza, ese *The End* del grupo *The Doors*.

Al principio la cadencia del baile es lenta; irá creciendo poco a poco hasta que, al fin, con el paroxismo de los movimientos, despierte el animal que esconde dentro. De repente el deseo sofoca el cerebro y asfixia las ideas. Únicamente queda espacio para él. Tal vez el cuerpo reconoce el momento, ese momento, pues no

en vano tras cada baño ha jugado con Abel a la *llamada telefónica* y han terminado la noche follando entre risas y bocados.

Se detiene durante unos segundos y se recrea con el pálpito del coño. No hay nada como eso.

Pese a la penumbra reinante en los lavabos, Verona alcanza a distinguir ese bulto más oscuro que reposa sobre la cerámica del lavamanos, y que no es otra cosa que la pistola. Únicamente cuando está lejos de Abel, cuenta con *su* permiso para usarla. No es que se encuentre a mucha distancia de la *guarida*, apenas diez metros, pero en medio de un instituto abandonado y sumido por completo en la oscuridad, cualquier distancia por pequeña que sea se hace larga en virtud del miedo.

La muchacha mide la aproximación de la mano al milímetro, no tanto para no despertar a la *Magnum*, sino para evitar la delación del más mínimo ruido que solivianta a la noche. Llevar la cuenta y no hacer ruido, dos premisas vitales para regresar a tiempo y sin sobresaltos a la *guarida*.

Ahora abre las piernas, los pies separados por unos treinta centímetros, flexiona las rodillas para bajar un poco la cadera y permitir la expansión del sexo, libre momentáneamente de la cárcel de las piernas. El cuerpo hacia arriba y hacia abajo para, sin tocarse, alentar el incendio.

... 475, 476, 477 ...

Luego acerca el cañón de la *Magnum* al desfiladero del pubis. Como el contacto con el acero frío aviva las llamas, Verona no se conforma con jugar con la alfombra de vello, no, sería poco ambiciosa; busca las primeras brasas por muy escondidas que estén. El índice rastrea el deseo por muy oculto que se encuentre.

Cuanto más fuerte suena la canción de *The Doors* dentro de la cabeza, más crece el deseo.

De pronto sucede algo: se escucha un ruido al final del pasillo. Proviene del otro lado de la puerta.

...530, 531, ...

Igual que una bomba que estallase en ese mismo segundo, todo el erotismo del instante explota hecho añicos. Ahora sólo queda el miedo.

Ella juraría que ha sido un portazo. Unos segundos después se deja sentir un chillido casi animal. Es exactamente lo mismo que Abel ha escuchado en la primera planta, en otro extremo del instituto. Aunque cree poco factible que *ellos* hayan roto la frontera establecida en las escaleras a la altura del primer piso, tampoco hay que confiarse. De este exceso de celo en la seguridad ha dependido durante años la supervivencia dentro del instituto.

Ahora sí que la alarma que antes latía imperceptiblemente se hace audible con la fuerza de una tormenta: *prudencia, Verona*.

Abandona la masturbación y vuelve a liarse la toalla al cuerpo. Dentro del cubo esconde la pistola. Luego avanza hacia la puerta, paso a paso. Cuando se encuentra tras ella, advierte que ha perdido la cuenta de los seiscientos segundos. ¿Por dónde iba? Tras morder un insulto se decide a comenzar una nueva. Se impone un margen de ciento veinte segundos para regresar a la protección de la *guarida*.

1, 2, 3, 4...

Abre la puerta muy lentamente. Al otro lado aguarda la misma penumbra que reina en los baños. Como quiera que ya son casi quince años viviendo dentro del recinto, Verona conoce el escenario de sus miedos como la palma de la mano o como los cuentos de *Marcovaldo*, de memoria. Hasta con los ojos cerrados sería capaz de salvar los diez metros que le separan del aula 37, la *guarida*. Pero ahora ha de llevarlos abiertos por si acaso, por si tuviese que apretar el gatillo ante la primera sombra sospechosa. Lo malo es que el aula 37 se encuentra justo en la confluencia del ala norte y del ala oeste del instituto. Así que deberá atenta a lo que sucede delante de sus narices y a su espalda.

Cierra la puerta sin atreverse a salir todavía. Se concede una tregua y deja de contar. Tampoco es conveniente estresarse: mejor respirar hondo y pensar en lo que va a hacer a continuación. Es obvio que tiene dos opciones. La número uno: podría arrojar el cubo a la oscuridad del pasillo en espera de que el ruido alerte a quien quiera que se esconda agazapado en la penumbra. Y la número dos: podría avanzar descalza con objeto de evitar

el roce de los zapatos; así a lo mejor tendría una posibilidad de escapar sin contratiempos.

Inspiración, expiración. Inspiración, expiración. *Vamos allá, se dice para darse ánimos, tampoco es la primera vez que te enfrentas a una situación similar.*

Como se ha decidido por la segunda opción, se descalza y guarda las zapatillas dentro del cubo, donde ya reposan la esponja y la pistola. A continuación abre de nuevo la puerta y comienza de nuevo la cuenta.

1, 2, 3, 4 ...

Arrima la espalda a la pared y avanza lateralmente. De esta manera se sienta más segura porque solamente tendrá que vigilar la penumbra a derecha y a izquierda, y no a su espalda. Adelanta la puntera del pie derecho y luego todo el resto de cuerpo, hasta dejar atrás el pie izquierdo. Ya sólo queda adelantar éste. Camina muy lentamente y controla la respiración para delatar su posición. Lo primordial es llegar sana y salva. No importa el tiempo que invierta, aun cuando se haya impuesto ese margen de dos minutos para hacerlo.

Por delante, a modo de avanzadilla, lleva la mano derecha y la *Magnum*. Al primer hijo de puta que se le cruce en su camino lo rellenará de plomo.

Cuando está a mitad de camino, a cinco metros de los retretes y a otros cinco de la puerta de la *guarida*, le cruje la articulación del tobillo derecho. De inmediato se detiene. Aunque el chasquido ha resultado tan imperceptible como una cerilla que se quebrase, a Verona se le antoja tan escandaloso como un cristal roto por una pedrada. Nerviosamente mueve a un lado y a otro la *Magnum*, a derecha e izquierda.

... 55, 56, 57 ...

Cuando se convence que el único ruido que perturba el silencio del pasillo no es otro que el de su corazón, disparado por culpa de la angustia, se apresura a avanzar otro metro. Ya está frente a la puerta del aula 37. Ahora únicamente le resta salvar la distancia de cuatro metros que la separa de ella, aunque no es tan sencillo como parece. Para ello habrá de retirar la espalda de

la pared y desprotegerla. Sin duda alguna es el momento más peligroso si es verdad que se ha producido una invasión de la segunda planta.

Adelanta la pierna derecha, después tira del cuerpo y finalmente levanta el pie izquierdo. Toda la acción transcurre con la pausa propia un mimo. Ya ha dado cuenta del primer metro cuando sucede lo inesperado. Es un segundo tan solo y de repente se siente vencida, derrotada. Hay alguien a su espalda.

Está a punto de gritar cuando una mano ahoga su desesperación al taponarle la boca.